Y17 #13

LA FLOR DEL VALLE.

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JUAN DE ARIZA.

MÚSICA DE

DON LUIS ARCHE.

Estrenada en el teatro del Príncipe el dia 27 de marzo de 1853.

N.° 208.

MADRD.
IMPRENTA Á CARGO DE C. GONZALEZ: CALLE DEL RUBIO, N.° 14.
1853.

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of Illinois Urbana-Champaign

https://archive.org/details/laflordelvalleza00arch

860.82
Sp24
v.17 n.13

Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y 5 de Mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

PERSONAS.	ACTORES.
MARIA.	Doña Juana Samanieco.
JACINTA.	Doña Mariana Chafino.
SANCHO.	Don Antonio Pizarroso.
FERNANDO.	Don Antonio Lozano.
ZENETE.	Don Calisto Boldun.
NUÑO.	Don Fernando Navarro.
UN SOLDADO.	Don Fernando Guerra.
UN MORISCO.	Don José Sineo.

Moriscos, moriscas y soldados.

La escena en el valle de Lerin. Epoca 1571.

ACTO ÚNICO.

En primer término á la derecha la fachada de una alquería, con un emparrado á la puerta y algunos olivos que la sombrean y se prolongan hasta la inmediata colina: á la izquierda un espeso y frondoso olivar. En segundo término dos montes de mediana altura, entre los cuales corre un rio bastante inclinado á la izquierda. Sobre este rio un puente practicable que une las faldas de los montes. En último término tres cordilleras de montañas, cortadas por profundos valles. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

SANCHO.—NUÑO.

(*Se oyen varios toques de caracol, que responden los unos á los otros, y repiten los ecos de los montes. Algunos moriscos aparecen y desaparecen en las montañas, y los demas cantan ocultos. Los ecos repiten sus cantos. Sancho y Nuño cruzan el puente, embozados en anchas capas, y se paran junto al olivar.*)

1.ª Voz. Son las diez.
2.ª Voz. Entiendo.
3.ª Voz. Entiendo.
1.ª Voz. Las hogueras preparad.
VOCES. Zambra, zambra.
OTRAS. Estruendo, estruendo
la velada de san Juan.
TODOS. De los montes descendiendo

luminarias preparad.
Zambra, zambra, estruendo, estruendo,
la velada de san Juan.

SANCHO. Aquella es, Nuño, la casa
que el rico tesoro esconde,
á quien llaman FLOR DEL VALLE,
y lucero de la noche.

NUÑO. Convengo en que á las mujeres
llamen rosas, llamen flores,
porque clavan sus espinas
en el corazon del hombre.
Mas quien las llame luceros
peca de bellaco ó torpe,
que para mejor cegarnos
túpida venda nos ponen.
Dadme, señor capitan,
pronto vuestras instrucciones,
que estamos solos aquí
y muy oscuro ese bosque.

SANCHO. ¿Tienes miedo?

NUÑO. Los moriscos,
aunque vencidos, recorren
en cortas tropas los valles,
descendiendo de los montes;
y, francamente, no quiero
que me cojan y me ahorquen.

SANCHO. En este sitio, hará un año
por noviembre...

NUÑO. ¿Cómo?

SANCHO. Oye.
Despues de un hermoso dia
de lanzadas y mandobles,
en el que morisca sangre
manchó sus toscos jubones,
á una milla de los Guájaras
me sorprendió oscura noche.
Yo, con cuarenta caballos
y con ochenta peones,
tomé la vuelta de Pinos
cruzando breñas y montes.
Mas apenas descendí
al barranco de los robles,

cuando, desde la montaña
rodando piedras enormes,
en mis soldados pusieron
los moriscos el desorden.
»Sálvese quien pueda» dicen
los mas cobardes á voces,
y el contagioso pavor
á los mas bravos imponen.
Grito, amenazo, acuchillo,
mis mandamientos desoyen,
y huyendo mas se dispersan
por no recibir mis golpes.
Tan oportuna ocasion
aprovechan los traidores,
y acuchillan á mansalva
mis deshechos escuadrones.
Combato solo, el caballo
pierdo, la espada se rompe
entre mis manos, y herido,
sin fuerzas ni defensores,
perseguido muy de cerca,
llegué á estas inmediaciones.
Encuentro cortado el puente;
quiero entrar en ese bosque,
y, armado de un arcabuz,
el paso me cierra un hombre.
—¿Quién va?—le pregunto airado.—
—Un morisco—me responde.—
¿Quién viene?— á su vez pregunta.—
Y yo, sin medir entonces
el riesgo:—El capitan Sancho—
le replico.— ¿Y así espone
su vida el capitan?—Vida
de vergüenza y de dolores.—
¿Desarmado estais?—Me queda
esta daga.—¿Tambien corre
vuestra sangre?—Sí, qué importa?
Pronto mis perseguidores
llegarán aquí.—Ya escucho
poco distantes sus voces.
Capitan, este caballo
tomad; es fuerte y es noble.
A nado cruzad el rio,

y sin que nadie os lo estorbe
os guarecereis de Pinos
bajo las moriscas torres.
—¿Eres morisco?—Sí.—¿Cómo
me prestas tales favores?—
—Quien bien al fuerte combate,
mejor al débil socorre.—
—¡Vive Dios!—Estais herido
y desarmado; se oyen
los gritos cerca.—¿Quién eres?
—Nada os importa mi nombre.—
—¿Cómo os pagaré?—Es muy fácil.
De la guerra los rigores
no han cesado; recordad
que en una lóbrega noche
os dio la vida un morisco,
y tratadlos como á hombres.
—Morisco, toma: mi daga
te entrego, para que conste
que soy tu deudor, y puedas
todas mis obligaciones
recordarme. —La recibo
en prenda; para que obres
como quien debe la vida
á los que llamais traidores.—
—Yo te empeño mi palabra.—
—Acortemos de razones,
que mis hermanos se acercan,
y no quiero que te acosen.—
Me presentó su caballo,
monté y me alejé al galope.
Al partir me dijo:—Luego
que estés en seguro, ponme
en libertad mi corcel,
para que á mi casa torne;
pues el hombre sin bridon,
ya lo estais viendo, no es hombre.—
Luego que á Pinos llegué
cumplí fielmente su órden;
pero aun no sé á quien debí
tan señalados favores.
Desde aquel solemne dia
en todas mis escursiones,

RUSH

DATE ORDERED

OF

JAN 30 1962

COST

20 ptas

DATE OF BILL

20 7 62

CHARGED TO

SPANISH

UNIV. OF ILL. LIB.

OVER

Ariza, Juan de 1818-

TITLE

La Flor del Valle

SERIES

EDITION

PLACE Madrid

PUBLISHER

DATE PUB. 1853

VOLS.

NO. OF COPS.

PRICE 20 pesetas

FUND

RECOMMENDED BY

APPROVED BY

DATE FWD. MAY 21 1962

CITE BIBLOG. REFERENCE ON VERSO

STAMP LOCATION

CIRC. CHARGE

GEN. LIB. STACKS

OFFICE COLLECTION

(SEE LOCATION OVER)

DO NOT CAT

FUND 7 4 2

he tratado á los moriscos
á mi promesa conforme.
Pero ya tanto la fama
volaba de mis rigores,
que me temen y pronuncian
con execracion mi nombre.

NUÑO. Me ha sorprendido el relato;
pero el peligro de entonces
hace que tema el presente,
y...

SANCHO. Te comprendo. A las doce
á labarse rostro y brazos
con algazara y desorden
se precipitan al rio
los mancebos y las jóvenes
que acuden en tren de fiesta
por estas inmediaciones.
Tú aprovechando el bullicio,
es necesario que logres
apoderarte al momento
del lucero de la noche.
Para lograrlo, traerás,
y ocultarás en el bosque,
de nuestros bravos infantes
los mas fieles y mejores,
que yo con varios ginetes
y con caballos veloces
te esperaré, no distante,
para que el plan no malogres.

NUÑO. Se hará como lo mandais,
señor capitan.

SANCHO. Entonces
retirémonos.

NUÑO. Ya es hora.

SANCHO. Serás valiente?

NUÑO. Y no torpe.

(*Empiezan á brillar algunas hogueras en las montañas, que se van aumentando progresivamente. Sancho y Nuño van á retirarse por el puente, y se encuentran con Zenete.*)

ESCENA II.

SANCHO.—NUÑO.—ZENETE.

NUÑO. ¿Quién va?
ZENETE. (Me vieron.) Yo soy
un consumido vegete.
NUÑO. ¿Cómo te llamas?
ZENETE. Zenete.
NUÑO. ¿Adónde vas?
ZENETE. Señor, voy
si su merced lo permite,
á esa risueña alqueria
porque me espera María.
NUÑO. ¿Te espera?
ZENETE. Voy de convite.
NUÑO. ¿Te ha convidado?
ZENETE. Aunque viejo,
yo, señor, soy un morisco
muy alegre y nada arisco,
que tengo mucho gracejo.
Salto como un gorrion,
canto como una cigarra;
rasgo un poco la guitarra:
de modo, que no hay funcion,
merendona ni jaleo
en este frondoso valle
en que no luzca mi talle
y resuene mi gorjeo.
NUÑO. ¿Cantas?
ZENETE. Como un ruiseñor.
NUÑO. ¿Bailas?
ZENETE. Como un arlequin.
Toco la bandurria en fin,
con tantísimo primor,
que esta noche de San Juan,
prometo ser la alegría
del valle.
NUÑO. Por vida mia
que eres un buen perillan.

SANCHO. Vamos.
NUÑO. Vámonos, señor.
Mas juro que este fullero
trae mas trazas de tercero
que de músico y cantor.
(Se van por el puente.)

ESCENA III.

ZENETE.

Se alejan... ¿quiénes serán?
Con esos sombreros gachos
esas capas y mostachos
graves recelos me dan.
Mas si se alejan de aquí,
vayan con feliz destino,
pues dejan franco el camino
á don Fernando el Ferrí.
Y pues tiempo y ocasion
los embozados me dejan,
voy, en tanto que se alejan,
á cumplir mi comision.

ESCENA IV.

ZENETE.—MARIA.

MARIA. ¡Zenete!
ZENETE. Zenete soy,
FLOR DEL VALLE celebrada,
que de tu amante, embajada
traigo, como siempre, hoy.
MARIA. ¿Qué quiere Fernando?
ZENETE. Verte,
flor la mas bella y querida,
que halla á tu lado la vida,
y lejos de tí la muerte.
MARIA. Yo encuentro en verlo tambien
vida, y un placer supremo;

pero al mismo tiempo temo
que esté en peligro mi bien.
Persíguenlo con rigor
cual si fuera un homicida...
puede costarle la vida,
Zenete amigo, mi amor.

ZENETE. ¿No vive siempre penando
ausente de tí, María,
y en esa lenta agonía?...

MARIA. En dónde está don Fernando?

ZENETE. Al otro lado del rio.
Llámelo tu dulce voz
y aquí llegará veloz
en su amante desvario.

MARIA. Su resolucion me espanta,
y el peligro me detiene.

ZENETE. A verte y hablarte viene
decidido.

MARIA. Pero...

ZENETE. Canta.

MARIA. La noche amiga con tupido velo
callada encubre misterioso amor;
y cada estrella que tachona el cielo
sirve de faro al mísero amador.
Amando vivo solitaria y triste,
fija en mi pecho mi sin par pasion.
Un solo bien encuentro en cuanto existe,
suya es la vida, suyo el corazon.

Ay de mí!
Ay de mí!
Ay de mí! ¡Ay de mí!

Ven á mi, yo te adoro rendida,
en tu ausencia me mata el dolor;
ven á mí, nada importa la vida,
pues morimos ausentes de amor.

FERN. *(Oculto.)*
Cuánto suspiro en congojoso duelo
lejos de tí, que calmas mi dolor,
mas ya concede bondadoso el cielo
algun alivio á mi constante amor.
Entre las sombras de la noche triste

faros tus ojos seductores son.
Mi alma te dí cuando tu amor me diste,
y crece pura mi sin par pasion.

Ay de mí!
Ay de mí!
Ay de mí! ¡Ay de mí!

Voy á tí, y á tus plantas rendida
deje el alma su intenso dolor,
voy á tí, yo desprecio la vida,
que mi vida se cifra en tu amor.

CORO. *(Oculto.)*
A las plantas de un ángel rendida
deja el alma su intenso dolor,
y desprecia el amante la vida,
pues la vida es un sueño de amor.

ZENETE. Ya ves cómo ha respondido
en amante cantinela
á tu cancion.

MARIA. Y aun resuena
su grata voz en mi oido.
Y su acento apasionado,
sus palabras amorosas,
como flechas presurosas
en mi pecho se han clavado.
Quise alejarlo, y mentí
de palabra y por escrito;
verle, hablarle necesito...

ZENETE. Pues ya le tienes aquí.

ESCENA V.

MARIA.—FERNANDO.—ZENETE.

FERN. ¡Mi hermosa Flor!

MARIA. ¡Mi Fernando!

FERN. ¿Qué tienes?

MARIA. Ansiaba verte,
y, por miedo de perderte,
bien lo ves, estoy temblando.

FERN. No turbes, mi hermosa Flor,
mis extásis de alegría,
y no pienses, alma mia,
mas que en nuestro casto amor.
Solos, amantes, aqui...
(Reparando en Zenete.)

ZENETE. (Me mira con rostro torbo...
Esto es decirme que estorbo.
Vigilaré desde allí.)
(Se retira.)

FERN. Solos, amantes, un mundo
tenemos para los dos,
en el que nos brinda Dios
un placer santo y profundo.
Y las horas de amargura
horas son de placer, cuando
van lentamente labrando
un instante de ventura.
Porque yo que no te veo
todo cuanto el alma ansía;
yo, que paso noche y dia
con la fiebre del deseo;
yo, que pido una querella
tuya al cefirillo leve,
y busco sobre la nieve
de tu breve pié la huella;
yo, que en loco desvarío,
adivino sin enojos
si van perlas de tus ojos
en los cristales del rio;
yo, que en mi febril deseo
llevo un tósigo de muerte,
comprendo el placer de verte
por lo poco que te veo.

MARIA. Yo, Fernando, que suspiro
lejos de tí con espanto;
yo, que vierto triste llanto
cuando te escucho y te miro,
debo ingénua confesarte,
y culpo en ello á mi suerte,
que si sufro con no verte,
sufro tambien con hablarte.
Y no pienses que no pido

á la brisa que murmura
una frase de ternura
ó de dolor un gemido.
Que no busco del nogal
en la bruñida corteza
las protestas de firmeza
grabadas por tu puñal;
ni que mi vista se aparta
de aquella nevada loma
de do parte la paloma
mensagera de tu carta.
No pienses que no suspiro,
temblando por nuestro amor,
si oigo de audaz cazador
entre las breñas un tiro:
pero como siempre veo
al castellano iracundo,
lucha mi temor profundo
con mi constante deseo.
Y si te lloro apartado
con amante frenesí,
tiemblo mil veces por tí
cuando te tengo á mi lado.
Que, sin dejar de adorarte,
hace mi enemiga suerte,
que, sufriendo con no verte
sufra tambien con hablarte.

FERN. Dices bien, hermosa Flor;
tu dolor es infinito,
porque el amor del proscrito
es de lágrimas amor.
¿Y cuál el delito es?
¿Cuál es el crímen, María,
que me impide noche y dia
vivir amando á tus piés?
Es que en los ásperos riscos
mi acero siempre encontraban
todos los que acuchillaban
á los dispersos moriscos.
Que, constante defensor
del huérfano y la viuda,
di á los vencidos ayuda
contra el fiero vencedor.

Que combatí denodado
con bravura y con afan,
no por la ley del Coran,
sino por el desgraciado.
Y, llamando rebeldía
á mi varonil firmeza,
pregonaron mi cabeza
por asesino, María.
¡Asesino yo!

MARIA. Fernando!

FERN. Asesino yo!...

MARIA. ¡Ay de mí!

FERN. ¿Qué tienes?

MARIA. No hables así.
¿No ves cómo estoy llorando?
Quieren tu muerte.

FERN. Deten
las lágrimas en tus ojos
que renuevan mis enojos
esas lágrimas, mi bien.
Y llevan á mis heridas
tanta hiel, veneno tanto,
que no pagáran tu llanto
con el precio de mil vidas.
Enjúgalas... siento hervir
la sangre de mi linage,
noble, ardiente, abencerrage,
y lidiar quiero y morir.
Un caballo y una espada
en mi amante desvario
busco...

MARIA. No, Fernando mio.
(*Movimiento de Fernando.*)
¿Qué tienes?
(*Coge la mano.*)

FERN. No tengo nada.
Estoy tranquilo: tu acento
apaga mi enojo insano,
como calla el occeano
de su Dios al mandamiento.
Soy feliz: la mansa brisa
tu undoso cabello mueve,
y sobre tu boca breve

vaga una dulce sonrisa.
Tu mano pequeña y blanca
á mis toscas manos juntas,
y las aceradas puntas
de mi corazon arranca.
Tú, sobre mi pecho herido
reposas la tersa frente,
y se borran de repente
cuantas penas he sufrido.
Me bañas en tu mirada...
me embalsamas con tu aliento...
me adoras... Estoy contento...
Soy feliz... no tengo nada.

MARIA. Yo tambien siento, amor mio,
un bien estar que consuela,
y algun angel santo vuela
por este valle sombrío.
Con mil ensueños de oro
disfruto placer intenso;
quiero pensar, y no pienso,
no quiero llorar, y lloro.
Pero mis lágrimas son
de una dulzura infinita:
vierto ese llanto que quita
un peso del corazon.
¿Me estás escuchando?

FERN. Sí.

MARIA. ¿Y á risa no te provoco?

FERN. No. Me estás volviendo loco
de amor.

MARIA. Unidos, aquí
pasarán hora tras hora
las de la noche callada,
sin que nos perturbe nada
hasta que brille la aurora.
Nuestra dicha no tendrá
mas testigos que las flores,
y nuestros castos amores
este valle guardará.
Tú me repetirás...

FERN. ¿Qué?

MARIA. Que me idolatras.

FERN. Sí, sí.

MARIA. Y yo que te adoro á tí
una y mil veces diré.
FERN. ¡Oh!
MARIA. No me interrumpas, no.
Quiero mostrarte el tesoro
de mi amor.
FERN. ¡Cuánto te adoro!
(*Se van presentando en las sierras, moriscos y moriscas con farolillos de colores.*)
MARIA ¿Mucho?
FERN. ¡Mucho!
MARIA. ¡Como yo!
ZENETE. (*Acercándose.*)
Señor...
FERN. ¡Menguado!
ZENETE. Ya están
coronados esos riscos
de moriscas y moriscos.
FERN. ¡Ay! es noche de san Juan!
MARIA. ¡Cuán pronto pasa el contento!
FERN. El dolor es permanente.
MARIA. Huye: aqui vendrá esa gente.
Huye.
FERN. Déjame un momento.

ESCENA VI.

MARIA.—FERNANDO.—ZENETE.—COROS *de moriscos y moriscas que van descendiendo de las montañas, y se dirigen hácia el valle.*—JACINTA *con ellos.*

CORO. Moriscos, esta noche
es noche de san Juan,
de amores y de zambras,
de risas y de paz.
JACINTA. Acuda la zagala
en pos de su zagal,
y en torno de la hoguera
comiencen á bailar.
CORO. Moriscos, esta noche
es noche de san Juan,

de amores y de zambras,
de risas y de paz.

ZENETE. Ya se acercan.
MARIA. Vete.
FERN. Sí.
Esta noche de alegria
me atormenta. Adios, Maria.
MARIA. ¡Adios!
ZENETE. ¿Voy?
FEAN. Quédate aqui.

ESCENA VII.

MARIA.—ZENETE.—JACINTA.—COROS, *que continuan bajando de la montaña y cantan la última estrofa junto á la alquería perdiéndose en el olivar que la rodea.*

JACINTA. Las aguas de los rios
dan nieves á la faz,
y sombra dan de amores
los bosques de arrayan.
CORO. Los montes y los valles
nos brindan con la paz;
cantemos y bailemos
la noche de san Juan.

JACINTA. Alégrate, flor del valle,
que estás triste y pensativa,
y es la noche de san Juan,
noche de zambras y risas.
Contempla las luminarias
que en los montes y colinas,
noche de cantos y fiestas
gallardamente publican;
y entre el festivo tropel
de tus constantes amigas,
desaparezcan tus duelos
y entrégate á su alegría.
MARIA. Cuando en el fondo del alma
corren lágrimas, Jacinta,
no sienta bien, yo lo juro,
en los labios la sonrisa.

Las penas del corazon
tienen punzantes espinas,
y quien pretende arrancarlas
mas la llaga profundiza.
Alegres canten y bailen
las que no sufran desdichas,
pero yo que sufro, debo
guardar mi melancolía.

JACINTA. Comprendo: el viejo Zenete,
este momia ó estantigua,
de Fernando te ha traido
malas, muy malas noticias.

ZENETE. ¡Cómo se entiende!

JACINTA. Es verdad.

ZENETE. Calle la... gata morisca
si no quiere que le ponga
en la frente la ceniza.
Paso por lo de tercero
que es oficio de propinas,
y no cabe la deshonra
donde está la granjería.
Pero llamar á Zenete
viejo, momia y estantigua,
son tres ofensas que están
pidiendo al cielo justicia.
Llamarme viejo, equivale
á dejarme poca vida,
y asi mereces la pena
de una taimada asesina.
Llamarme estantigua y momia
es decir que huelo á mirra,
y como huelo á tomillo
has soltado una mentira.
La momia está muerta, luego
de la existencia me privas,
y como momia me entierras,
si por viejo me asesinas.
Probado el crímen, acudo
á Sancho...

MARIA. ¡Dios le maldiga!

JACINTA. Ves, ¡hablador! has causado
profunda pena á María.

ZENETE. Pues juro á Dios no hablar de él.

JACINTA. ¡Calla!
(Dándole un bofeton.)
ZENETE. Basta que lo pidas.
JACINTA. Ahora apóyate en el brazo
de tu siempre fiel Jacinta,
y vamos al olivar
que dá sombra á tu alquería.
ZENETE. Vamos...
JACINTA. Quédate, Zenete,
viejo, momia y estantigua.

ESCENA VIII.

ZENETE.

A fe que tiene razon
la mal hablada Jacinta,
y no estoy para correr
lances de caballería.
Las sesenta Navidades
se me van viniendo encima,
y se van yendo las carnes
hasta dejarme en la espina.
Momia soy, viejo tambien,
y estas largas correrías
acabarán por hacerme
bailar en alguna encina.
Quien acoja á Don Fernando
tiene pena de la vida;
¿que tendré yo que le sirvo
de fiel correo y espía?
Zenete, si aunque eres momia,
esta vieja piel estimas,
haz cuentas, métete fraile,
ó pásate á Berbería.

ESCENA IX.

ZENETE.—NUÑO, *que embosca algunos soldados en el olivar de la izquierda y se llega al morisco.*

NUÑO. ¿Cómo está el viejo Zenete
tan solo?

ZENETE. (¡Santa María!)
Yo...
NUÑO. ¡Malo! tartamudeas,
y, ó estás temblando, ó tiritas.
ZENETE. Podrá ser, porque la noche,
señor sargento, está fria.
ZUÑO. ¿Y qué haces aquí?
ZENETE. Tomar
el fresco.
NUÑO. ¿Pues no decias
que está la noche muy fresca?
ZENETE. Es verdad. (¡Lengua maldita!)
NUÑO. ¿Te turbas?
ZENETE. No señor.
NUÑO. Veo
que eres de aquella alquería
perro guardian.
ZENETE. No señor.
NUÑO. O centinela de vista.
ZENETE. No señor; y si le estorbo
y no quiere que le sirva
en algo...
NUÑO. Vas á servirme.
ZENETE. (¡Santa Bárbara bendita!)
NUÑO. Tú me dijiste que cantas...
ZENETE. Señor, como una gallina.
NUÑO. Y que tañes la bandurria
con desusada maestría.
Pues ahora vas á tocar.
ZENETE. Si tiene rota la prima.
NUÑO. Componla pronto, ó haré
una cuerda de tus tripas.
ZENETE. Pero, señor...
NUÑO. Canta y toca,
ó juro á las tres Marías
que te cojo del pescuezo
y te cuelgo de una encina.
ZENETE. (Lo que yo dije, bailando
debo terminar mi vida.)
NUÑO. ¿Callas?
ZENETE. Pero, si...
NUÑO. ¡Zenete!
ZENETE. (Me va á estrangular.)

NUÑO. ¿Vacilas?
ZENETE. (Si de esta escapo y no muero...)
NUÑO. Despacha, que tengo prisa.
ZENETE. (Válganme las once mil...)
¿Qué canto?
NUÑO. Unas seguidillas.
Y como sueltes un gallo...
ZENETE. ¿Qué?
NUÑO. ¿Qué? que te rompo la crisma.
ZENETE. *(Puntea y canta desafinado.)*
En una ratonera
cayó un morisco,
y un gato con vigotes
le dió un mordisco.
Tan malos ratos
á los pobres ratones
causan los gatos.
(Dá un gallo.)
NUÑO. Pobre raton morisco,
me diste un gallo,
y por las tres Marías
vas á pagallo.
(*Le pega.*)
ZENETE. ¡Ay! ¡me asesina!
Pero no le dí gallo,
que fué gallina.
(Dá otro gallo.)
NUÑO. Este es un pavi-pollo.
ZENETE. No: es una pava;
bien le dije, sargento,
que no cantaba.
NUÑO. Luego mentia
cuando dijo que á un cisne
se parecia.
ZENETE. A un cisne me parezco,
pero en lo manso,
que en abriendo la boca,
me vuelvo ganso.
(Dá otro gallo.)
NUÑO. ¡Uy! ¡qué graznido!
ZENETE. Perdóneme el sargento
si le he ofendido.
(De rodillas.)

En una ratonera
cayó un morisco.

NUÑO. Y pienso despeñarlo
de risco en risco.

LOS DOS. Tan malos ratos
á los pobres ratones
causan los gatos.

NUÑO. Calla: Suenan voces,

ZENETE. Sí.
Es la alegre gritería
que en la noche de San Juan
traen moriscos y moriscas.

NUÑO. Vienen hácia aquí.

ZENETE. Gritando
y saltando se aproximan.

NUÑO. Ven...

ZENETE. ¿A dónde?

NUÑO. A los infiernos.

ZENETE. (¡Es el diablo! ¡Dios me asista!)
(Se entran en el olivar de la derecha.)

ESCENA X.

JACINTA.—MARIA.

JACINTA. *(A los moriscos y moriscas, que hacen lo que manda.)*
Colgad en el emparrado
esos faroles aprisa,
para que quede este valle
tan claro como de dia.
(A María.)
¿Qué tienes? ¿por qué no cantas?
¿Por qué en secreto suspiras,
y contrasta tu silencio
con nuestra franca alegría?

MARIA. Ya sabes cuál es la causa
de mi tristeza, Jacinta;
y un vago presentimiento
me hiela y atemoriza.
Yo no sé por qué, la noche,
lúgubre terror me inspira,

y hasta me aterra el murmullo
de esas ondas cristalinas.

JACINTA. Alégrate que al placer
cielos y tierra convidan,
y menguarán nuestro gozo
tus negras melancolías.
(A los moriscos.)
Muchachos, hasta que sea
la media noche cumplida,
hora de bañar el rostro
en esas aguas purísimas,
vamos á jugar un poco
en rueda.

TODOS. Vamos.

JACINTA. Unidas
las manos, formad la rueda
para que la viuda elija.

TODOS. ¿Y quién será la viuda?

JACINTA. ¿Quién ha de serlo? María.

TODOS. Sí, sí!

MARIA. *(A Jacinta.)*
Tú primero.

JACINTA. Bien.
Empecemos la partida.
(Forman rueda. Jacinta queda en medio y canta.)
Venid, venid, zagalas
en franca confusion
luciendo vuestras galas
á la luz del farol;
pues ya tiende sus alas
benéfico el amor.
Las niñas bonitas
lucen su primor,
y cumplen las citas,
las citas de amor.

CORO. Las niñas bonitas
lucen sus primores,
y cumplen las citas,
las citas de amores.

JACINTA. Amor, danzas y cantos
nos llenen de placer,
las penas y los llantos

ya pierden su poder.

CORO. Amor, danzas y cantos
nos llenen de placer;
las penas y los llantos
ya pierden su poder.
(*Jacinta se abraza á uno, se van abrazando las parejas, y María queda sola.*)

JACINTA. Vamos, te llegó tu turno,
y has de cantar, hija mia.

TODOS. ¡Sí, sí!

MARIA. Vuelve tú.

TODOS. No, no.

MARIA. Hacedme el favor, amigas,
de dispensarme.

TODOS. Que cante.

JACINTA. Se empeñan: no te resistas
mas: pues no es razon...

VOZ. (*En los montes.*)
Las doce.

TODOS. Al agua.
(*Se dirigen al rio.*)

MARIA. Dios te bendiga.

ESCENA XI.

JACINTA.—*Los moriscos y moriscas en ambas márgenes del rio.*—MARIA *en la escena.*—NUÑO.—ZENETE.—*A su tiempo* SOLDADOS.

NUÑO. (*A Zenete.*)
¿Es esa esa la Flor del valle?

ZENETE. Sí.

NUÑO. ¿Sí?
(*Afirmacion de Zenete.*)
Encomiéndate á Dios
si mientes.

ZENETE. ¿Acaso vos
pretendeis?...

NUÑO. Escuche y calle.
(*Llegándose á María daga en mano.*)
Flor del valle.

MARIA. ¿Quién asi
pretende?...
NUÑO. Quien os adora.
MARIA. ¡Ah!
NUÑO. Ni una queja, señora.
MARIA. Pero...
NUÑO. Seguidme.
MARIA. ¡Ay de mi!
NUÑO. ¡Silencio!
MARIA. En ese puñal...
NUÑO. Para vos punta no tiene;
pero á los dos nos conviene
que calleis.
MARIA. No me hagais mal.
NUÑO. (*Guardando la daga.*)
Desechad todo temor,
y seguidme.
MARIA. Yo os imploro
de rodillas...
NUÑO. (*Cogiéndola del brazo y queriéndola arrastrar.*)
Vuestro lloro
no me ablandará.
MARIA. (*Desprendiéndose y huyendo hácia el rio.*)
¡Favor!
NUÑO. Voto al mismo Lucifer
que si mi cólera irrita...
(*Acuden moriscos y moriscas en tropel.*)
JACINTA. Flor del valle grita.
NUÑO. No saldras de mi poder.
(*Los moriscos y moriscas forman un semicírculo en torno del sargento que detiene á María con la mano izquierda y saca la espada. Murmuran, pero no se atreven á tocar al sargento.*)
JACINTA. Repare el señor soldado,
que es una muchacha honesta,
y turbando asi la fiesta
peca de desacordado.
NUÑO. Calle, pues, la remilgada.
MARIA. Me roba.
NUÑO. Sí, por vida;
y quien este intento impida
hará cuentas con mi espada.
VOCES. No es razon...

NUÑO. ¿Quién impedillo
podrá?
JACINTA. *(Animando á los moros que se adelantan.)*
Sois muchos, y al fin...
NUÑO. Atras la canalla ruin,
ó á todos os acuchillo.
JACINTA. *(Procura llevar á María hácia la emboscada.)*
Os llama ruines. Menguados
sois.
MARIA. ¡Socorro!
JACINTA. ¿Y á qué espera
vuestro valor?
NUÑO. ¡Atras!
MORISC. ¡Muera!
NUÑO. Vengan á mí, mis soldados.
(Aparecen todos los soldados armados con arcabuces, y los moriscos retroceden.)
MARIA. ¡Piedad!
JACINTA ¿Hay á quien asombre
la muerte? Menguados seres,
no sois hombres, sois mujeres;
y aun menos.
(Fernando baja precipitadamente de la montaña, y se precipita daga en mano sobre Nuño.)
FERN. Aquí hay un hombre.

ESCENA XII.

MARIA.—NUÑO.—ZENETE.—*Moriscos y moriscas.*—SOLDADOS.—*Fernando abre con su daga el coleto del sargento; pero al mismo tiempo caen sobre él los soldados que lo desarman y lo prenden.*

MARIA. ¡Gran Dios!
ZENETE. Lo matan.
NUÑO. ¡Malvado!
MARIA. ¡Piedad!
SOLDAD. ¡Muera el asesino!
FERN. ¡No lo herí! ¡Fatal destino!
NUÑO. Ya está preso el pregonado.
(Señalando á Fernando.)

MARIA. Ah!
(Cae desmayada en brazos de Jacinta. Varios moriscos la rodean y bañan el rostro.)
FERN. ¡Flor del Valle!
NUÑO. ¡Llevadlo!
FERN. ¡No me separarán vivo!
(Pugnando con los soldados que le sujetan.)
NUÑO. En el tronco de un olivo
de piés y manos atadlo.
FERN. Matadme aquí. Por favor
os lo suplico. ¡Maria!..
(Los soldados le van arrastrando hácia el olivar de la izquierda.)
NUÑO. A la primera órden mia
arcabucead al traidor.
(Se entran en el olivar los cuatro soldados, y llevan á Fernando.)

ESCENA XIII.

MARIA *empieza á volver en sí:*—NUÑO *hace una seña á los soldados para que se apoderen de ella.*—JACINTA *se interpone entre los soldados y su amiga.*—ZENETE, *temblando y compungido, procura ver lo que pasa en el olivar entre los soldados y su amo. Los moriscos luchan entre el temor y la cólera; las moriscas continúan prestando socorros á María.*

NUÑO. Acabemos.
(Haciendo una seña á los soldados para que cojan á Maria.)
JACINTA. No por Dios.
Reparad que desmayada
está.
NUÑO. Mejor. Así nada
sentirá.
(A los soldados.)
Cogedla dos.
MARIA. *(Volviendo en sí.)*
¿En dónde estoy? Qué terrible
pesadilla. Necio empeño.
Pero no, no ha sido sueño,

que es una verdad horrible.
(Viendo á Nuño y los soldados.)
¿Y Fernando? ¿Adónde, dí,
se ha marchado? ¡Lloras! ¡Oh!
¡Lo han asesinado!

JACINTA. No,
no.

MARIA. ¿Pues por qué no está aquí?

NUÑO. Vamos.

SOLD. Venid.

MARIA. No, teneos.
¿Mandan las cristianas leyes
que lleveis á vuestros reyes
estos gloriosos trofeos?
(Los soldados retroceden un poco. Nuño baja los ojos.)
Temblais ante mí. ¿Y Fernando?

JACINTA. Preso, esperando el castigo.

MARIA. Venid, moriscos, conmigo.
¿No los veis que están temblando?
Vosotros temblais tambien,
raza infame, envilecida.
¿Quién honor, hacienda ó vida
no debe á Fernando, quién?
El, intrépido, esforzado,
os protegió de mil modos,
y ahora pagará por todos,
porque estaba pregonado.
Y lo abandonais, y yo
miro vuestra cobardía.
(Poniéndose entre los soldados.)
Llevadme de aquí.

MORISC. ¡Maria!

MARIA. ¡Llevadme cautiva!

MORISC. ¡No!
(Dirigiéndose sobre los soldados.)

JACINTA. Todos su sangre darán
por tí y por Fernando.

NUÑO. ¡Fuego!
(Los soldados preparan.)

JACINTA. Rompamos el yugo.

MORISC. Luego.

ESCENA XIV.

MARIA *entre los soldados.*—ZENETE *escondido en los primeros olivos de la izquierda.*—JACINTA *animando á los moriscos.*—NUÑO *al frente de sus soldados: las moriscas un tanto apartadas.*—SANCHO *cruza el puente con la mayor velocidad y penetra entre los moriscos que se retiran aterrados.*

SANCHO. ¡Vil canalla!
MORISC. ¡El capitan!
SANCHO. ¿Por qué promueven osados
esta ruidosa querella?
Hablad.
JACINTA. Porque á esa doncella
(Con timidez.)
cautivan vuestros soldados.
No hay otra en esta comarca,
de tan buen rostro y buen talle:
la llamamos For del Valle,
y se merece un monarca.
Bien la veis, pálida y bella
está, señor capitan.
Calmad por Dios nuestro afan.
SANCHO. Dejadme solo con ella.
(Los soldados y moriscos se apartan.)
Acércate, hermosa Flor.
NUÑO. Señor...
SANCHO. Déjame, menguado.
NUÑO. Está preso el pregonado.
SANCHO. ¿Don Fernando?
NUÑO. Sí.
(Se aleja á un ademan de Sancho.)
MARIA. Señor...
(Cayendo de rodillas.)
SANCHO. Levanta, Flor, y no llores
con tan lastimoso afan,
que mis soldados serán
tus mas firmes defensores.
Cese la pena cruel
que nos martiriza asi.

MARIA. Señor, no lloro por mí.
SANCHO. ¿Pues por quién lloras?
MARIA. Por él.
SANCHO. ¡Por él!
MARIA. Sí. Noble y honrado
es, pero lo juzgan mal.
SANCHO. ¿Y quién es ese mortal?
MARIA. Don Fernando el pregonado.
SANCHO. ¿Don Fernando?
MARIA. Por él vierto
este llanto de amargura.
SANCHO. ¿Es tu hermano por ventura?
(*Con alegría.*)
MARIA. No.
SANCHO. ¿Es...?
MARIA. A decirlo no acierto.
Mostraos, señor, generoso,
y bendito vuestro nombre
será.
SANCHO. ¿Quién es ese hombre?
¿Quién es?
MARIA. Debe ser mi esposo.
SANCHO. ¿Tu esposo?
MARIA. ¡Compasion!
SANCHO. No.
Enjuga, enjuga ese llanto,
pues no iguala tu quebranto
al dolor que sufro yo.
Él tu esposo, cuando muero
de amor por tí; ¡desvario!...
MARIA. ¡Tened compasion, Dios mio!
SANCHO. Nuño, tráeme el prisionero.
(*Entra Nuño en el olivar.*)
MARIA. ¿Qué intentais? Vuestros rigores
mi sangre dejan helada.
¿Qué intentais?
SANCHO. No intento nada.
Castigaré á los traidores.
MARIA. No derrames tanta hiel
sobre un pecho dolorido.

ESCENA XV.

MARIA.—SANCHO.—ZENETE.—JACINTA.—FERNANDO.—NUÑO.—*Soldados moriscos y moriscas.*

MARIA. ¡Ay!
SANCHO. ¡Don Fernando el bandido!
FERN. ¡Capitan Sancho el cruel!
SANCHO. Osado andais en mi mengua
sin comprender vuestra suerte.
FERN. A quien no teme la muerte
no se le traba la lengua.
SANCHO. Haré que mordazas brinden
á vuestra soberbia loca.
FERN. Ellas maltratan la boca,
pero el ánimo no rinden.
SANCHO. Basta.
FERN. ¿A qué vengo?
SANCHO. A morir.
MARIA. ¡Oh, señor!
FERN. Valor te pido.
SANCHO. ¿Os encontrais prevenido?
FERN. Siempre.—Os tengo que decir.
SANCHO. Hablad.
FERN. Si me dais ahora
vuestra fé de caballero
de respetarla, yo muero.
MARIA. Fernando.
FERN. Valor, señora.
Pero si os suplico en vano,
si fé no me dais cumplida,
yo prolongaré mi vida.
SANCHO. Vuestra vida está en mi mano
y el tiempo perdiendo estoy
en escuchar condiciones...
FERN. Para escucharlas, razones
teneis.
SANCHO. ¡Sí!
FERN. ¡Sí por quien soy!
Pero no perdamos mas
tiempo: ofrecedme respeto

á esa jóven, y os prometo
no pensar en lo demas.
Jurádmelo, y á morir
voy. ¿Me lo jurais?

SANCHO. No juro.

FERN. Pensadlo.

SANCHO. No.

FERN. Me es muy duro,
pero algo mas vais á oir.
En una noche cerrada
del mes de noviembre...
(*Se detiene.*)

SANCHO. Dí.

FERN. Un capitan llegó aquí
sin caballo y sin espada.
Rodando de risco en risco
iba á perecer sin duda,
cuando le prestó su ayuda
y su caballo un morisco.
Como memoria, ó por paga,
el mal herido cristiano,
de aquel morisco en la mano
puso una prenda.

NUÑO. Esta daga.
(*Presentando la que los soldados habrán quitado á don Fernando.*)

SANCHO. ¿Quién la llevaba?

FERN. Señor,
ese morisco con ella
defendiendo á la doncella
quiso matarme.

SANCHO. Favor
por favor. Vete á gozar
de la libertad perdida.
Doy vida á quien me dió vida.
¿Qué esperas? Puedes marchar.

FERN. Espero á que dejeis vos
este lugar.

SANCHO. ¡Fuerte empeño!

FERN. Hay prenda que tiene dueño
y la guarda.

SANCHO. ¡Vive Dios!

FERN. No hagais de fieros alarde:

tranquilo estoy, desarmado.

SANCHO. (Es mentira, no he pagado
mi deuda, pero aun no es tarde.)
Nuño, vámonos de aquí.
Vuestra es, Fernando, la palma.

FERN. Vuestra grandeza de alma
(Deteniendo á Sancho.)
ahora me ha vencido á mí.
Yo, aunque la vida os salvé,
no os hice merced cumplida :
para un guerrero la vida
es muy poca cosa á fé.
Vos, cediéndome la dama
me haceis inmenso favor,
que el objeto de su amor
es todo para quien ama.
Pero, noble castellano,
no tendré dicha cumplida
si debiéndoos dama y vida,
no me las dá vuestra mano.

SONCHO. Pues lo quieres, ha de ser.
(A Maria.)
Dadme la mano.

MARIA. Señor...

SANCHO. Quien os causó algun dolor,
ahora os causa este placer.
(Pone la mano de María en la de don Fernando.)

ZENETE. Ya que escapó medio vivo
y que el sagrado le vale,
mas flaco y chupado sale
el mochuelo de su olivo.
Y pasando y repasando
vá haciendo su cortesía,
al Capitan, á María
y á su señor don Fernando.

SANCHO. Ya que por mi loco afan
la noche empezó funesta,
acabe en noche de fiesta.
(Despidiéndose.)

JACINTA. Y vos aquí, Capitan.
Todas las diestras amigas
se estrechan con mútuo amor.

3 0112 117453826

¿Y ahora nos cantarás, Flor?

MARIA. Cantaré lo que tú digas.
Mi intensa felicidad
no quiero ocultar con arte.
Tome cada cual su parte.
¿Qué canto?

JACINTA. La soledad.

MARIA. (*Canta.*)
La llama de amor fulgura
y es misterioso fanal
que alumbra con su luz pura
por siempre mi soledad
vá con ella mi ventura.
¡Ay! sí, con ella vá.
Brilla radiante,
brilla por Dios
en una estrella
luz de mi amor.
¡Ay de mí! ay de mí
¡Yo suspiro por tí!
La luna brilla en el cielo,
suenan las brisas del mar,
y al rumor del arroyuelo,
canto yo mi soledad.
Va en sus ondas mi consuelo,
¡Ay! sí, en sus ondas va!
Brilla, etc.

FIN.

GOBIERNO POLITICO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Madrid 26 de Marzo de 1853.

Examinada por el Censor de turno, y de conformidad con su dictámen puede representarse.

Melchor Ordoñez.